



Fundación
Felipe González
fundacionfelipegonzalez.org



EL PROYECTO DEL FELIPISMO CONTADO POR ÉL MISMO

JORDI AMAT

PAPELES | Nº 3
Julio 2020



Fundación
Felipe González
fundacionfelipegonzalez.org



EL PROYECTO DEL FELIPISMO CONTADO POR ÉL MISMO

JORDI AMAT

PAPELES es una serie editada por la Fundación Felipe González que permite a distintos autores reflexionar en profundidad a partir de los documentos del Archivo de la Fundación.

Fotografía de portada:
Archivo Fundación Felipe González. Felipe González interviene en el debate de investidura de la II Legislatura, en el Congreso de los Diputados, en 1982.



Cuando el martes 30 de noviembre de 1982 (a eso de las 4 y media de la tarde) empezó la sesión de investidura para elegir a un nuevo presidente del gobierno, Felipe González tenía 40 años y hacía un mes y dos días que el PSOE -el partido del que era secretario general desde 1974- había ganado no solo las elecciones -algo que se daba por supuesto- sino que había obtenido una mayoría absoluta robusta en aquellas segundas generales celebradas tras la aprobación de la Constitución de 1978. El contexto no era bueno. ETA mataba y mataba; España sufría la enésima crisis económica, que los Pactos de La Moncloa solo habían temperado en un momento político y social delicado; y la legislatura anterior, tan convulsa desde un punto de vista institucional (dimisión del presidente, intento de golpe de estado), había terminado creando las condiciones para que sucediera lo que compactó el proceso electoral del 82.

Con la implosión de UCD -un partido concebido para hacer la mutación del régimen desde dentro del sistema mismo- y el definitivo hundimiento PCE -el partido de oposición que había sido referencial durante el último franquismo-, el sistema de partidos de la democracia acababa su período de rodaje, y lo hacía de manera estabilizadora cerrando otro de los vectores de la Transición: por la vía de los hechos se había demostrado que la alternancia no sería traumática, y eso no había sido para nada frecuente en la España del siglo XX. La victoria socialista, que había sido apabullante, lo convirtió en el partido hegemónico y su fuerza no la usaría para modificar el entramado institucional ni las leyes fundamentales ni los usos políticos consensuados durante el lustro anterior.

Lo que empezó esa tarde de noviembre, tal y como González expuso a lo largo de 72 minutos, más que un cambio (como había anunciado el eslogan de campaña), fue un proyecto de profundización democrática que ya no miraba atrás porque el pasado estaba amortizado. No hacía falta plantear una batalla cultural ni parecía una urgencia la memoria histórica. "El pasado como arma política en el debate político" no sería utilizado, como subrayó el añorado maestro Santos Juliá (2017: 542). El franquismo, como deseaban la mayoría de los ciudadanos (muchos de los cuales conservaban el recuerdo de la guerra y la miseria), era tiempo concluido y recuerdo gris. Ni una sola mención, jamás, a la dictadura o al antifranquismo en esos discursos. González miraba al presente y hacia el futuro, a medio y largo plazo, pensando en términos de modernización.



Así se desprende del análisis de sus discursos de investidura. Y en el primero, nunca de manera tan explícita como en aquel de 1982, Felipe González quiso transmitir una imagen de gobernante cuyos principios, sintetizados más en realidades que no en conceptos, funcionaban como el sustrato de un proyecto reformista que tenía el socialismo democrático como fundamento. ¿Etiquetas más precisas? Digamos de entrada un tipo de socialdemocracia, el que había madurando asumiendo las lecciones del fracaso reciente del primer gobierno Mitterrand. Digamos luego socialismo liberal, aunque esto lo podemos decir ahora que hemos perdido los complejos y la acumulación ideológica ya solo es materia de estudio y ya no de programa ([Papeles, nº 1, Fundación Felipe González](#)). Pero si esas etiquetas simplificasen en demasía, tal vez nos fuera más útil la ágil síntesis de Jorge Semprún en *Federico Sánchez se despide de ustedes* al caracterizar al González que conoció durante la Transición: "ha dado un viraje hacia la realidad desde antes de la toma del poder, y no un viraje hacia la derecha" (1996: 72). Llamémosle *felipismo* para entendernos y tratemos de definirlo y ubicarlo en su justa circunstancia para empezar.

El felipismo no defendía una idea nacional de España basada en la identidad sino que era un proyecto cuyo objetivo era la modernización para que el Estado de esa nación actuase como el de los países de nuestro entorno y así el nuestro fuera uno más en el proyecto de construcción europea. Las sucesivas actualizaciones de dicho proyecto el líder socialista las presentó en los discursos de investidura. En esos discursos el felipismo se cuenta a sí mismo, perfila su línea de evolución más recta como si apenas nada conflictivo lo modificase. Claro que tampoco era el lugar. Ni ruido ni polémicas. No se hallará un balance crítico de la obra de gobierno ni la búsqueda del cuerpo a cuerpo con la oposición. Tampoco para exhibir los desgastes de gobernar o el espacio donde dirimir conflictos multinivel (en el gobierno y con el partido, en la calle o con el sindicato). A la hora de "exponer el programa político del gobierno que pretende formar y solicitar la confianza de la cámara" (para decirlo con el Presidente del Congreso), se definía en algo más de una hora ese proyecto de democratización. Describió el proyecto del felipismo y, de manera implícita, fue caracterizándose a sí mismo como gobernante al reiterar sus prioridades.

En esas ocasiones solemnes no se presentó como integrante de la tradición mítica del PSOE sino que, alérgico a los demonios y a los tópicos del pasado nacional, defendía un programa que, partiendo de las particulares coordinadas



españolas y prestando una atención central a las económicas, pretendía ser homologable al que aplicaban o pretendían aplicar los líderes del socialismo de esa época y que tenía lo que hoy conocemos como Unión Europea como marco propio. Digámoslo con otras palabras para intentar desentrañar la significación histórica de esos discursos. Para comprender mejor su liderazgo, pero sobre todo como documento parlamentario útil para reconstruir la evolución del país. El González que desde 1982 se autorrepresentó como un hombre de Estado, más que mostrarse ante los suyos como otro eslabón en una tradición nacional, expuso una política que, sin definirse así, se vinculaba a la época del socialismo iniciada con la bifurcación de 1959 en Bad Godesberg, una política que seguramente llegó al final del camino al cabo de cuatro décadas y tan solo a 500 kilómetros cuando cayó el Muro de Berlín. "Para González, el futuro del país no estaba en el socialismo, sino en Europa" (Judt, 2006: 756). Y la Europa política, desde 1989, empezó a ser otro continente.

SON ELLOS Y PARA ELLOS

Esa bifurcación, emprendida por el socialismo democrático alemán, tuvo como afirmación más provocadora la toma de distancia para con el marxismo como doctrina. Al PSOE le costó veinte años llegar a ese cruce de caminos. Antes, entre el exilio y la clandestinidad, debió superar un período de radicalización iniciado a mediados de los sesenta y que abarcó una década completa (De la Fuente Ruiz, 2016). Pero Chile ya había demostrado que no habría vía democrática al socialismo. No fue hasta 1979, tras unas elecciones que perdieron cuando creían que podían ganarlas (sólo ganaron tres escaños, de 118 a 121), en las que no mejoró sus resultados, cuando la dirección logró imponer orgánicamente ese cambio tras haber superado unos meses de crisis interna que actuaron como el período de incubación definitiva de la transformación. "Se había pasado de *la vía hacia el socialismo al proyecto modernizador*", dice y dice bien Javier Arístu (2017: 193).

Esa querrela sobre el marxismo, vista desde el presente, más bien parece el peaje que los partidos socialistas tuvieron que franquear para poder ensayar una nueva operatividad sin corsés: lograr que su acción programática los transformase de partidos de clase -obrera- en partidos de gobierno, virando hacia el centro, y ser así el instrumento político más útil para "el hombre de la calle" (y lo digo usando un sintagma de González del discurso de la moción de



censura). ¿Quién era en España, por entonces, ese sujeto? De alguna manera, a la hora de cerrar ese primer discurso de investidura, el candidato a presidente esbozó una respuesta a esa pregunta.

Imagino que ahí, en el centro del hemiciclo, unos cuantos ciudadanos han penetrado hoy desde la calle. Me esfuerzo por verlos, por mirarlos. ¿Quiénes son? Pueden ser un ama de casa camino del mercado, un empleado de banca, un botones de hotel o un universitario. Les veo y me pregunto: ¿qué piensan de nosotros? ¿siguen nuestros debates? ¿les ilusionamos o les desencantamos? ¿hacemos lo mejor para su futuro, que es el de nuestros hijos? Para comprender mi deber con nuestro pueblo yo me inspiro mejor en esa sencilla visión que en las frases sonoras y convencionales. La paz, la unidad y el progreso son ellos y para ellos.

El fragmento, leído en el conjunto de los discursos de investidura, es singular. Por diversos motivos. No porque repitiese los tres principios que en el arranque había anunciado que caracterizarían a su gobierno: paz social, unidad nacional fortalecida en la diversidad y el progreso como instrumento al servicio de la justicia. Cerraba la intervención recopilando las ideas diseminadas en un primer momento, sí, pero eso no es lo excepcional. Lo singular, de entrada, es el estilo: el uso de la primera persona (la el singular y la del plural) y el encadenamiento de preguntas retóricas. No se repetiría el uso de recursos estilísticos. También es atípica una concesión digamos lírica: las ocasiones en las que González se valdrá de una imagen para desarrollar una idea serán muy escasas. En este discurso, fundacional, lo hizo en dos ocasiones. Al referirse a "las curvas del camino" y "el perfil del horizonte" primero y, al terminar, al imaginar dentro del Parlamento a los ciudadanos. El universitario, el botones el empleado de banca y el ama de casa era la demostración visible de aquel rasgo que caracterizó el discurso del González de madurez. Era, como ha analizado Antonio Arráez, incluyente: "abierto al máximo número de capas sociales posible, sin excluir a nadie por su situación social o económica" (2017: 239).

Al explicitar dicha vinculación fijó, sin grandes proclamas y sin caer en la tentación del sentimentalismo, cuál era el sujeto que debía protagonizar su proyecto, aquel que estaba en el centro del socialismo democrático: "el hombre de la calle". Y en ese primer discurso hay dos dimensiones de la vida española de entonces que revelan cuál pretendía que fuese la ideología que



comprometía al Estado con ese sujeto o, dicho con otras palabras, cuál era el modelo de sociedad que el felipismo pretendió edificar a través de la acción política. Una dimensión es la educación concebida como herramienta para aumentar la igualdad de oportunidades entre ciudadanos. Sin mejorar la educación, explicitó, el país no podía transformarse. Y España no podría ser equilibrado si no resolvía su principal problema social, que lo era entonces y lo sigue siendo hoy: el paro. Al abordar esta dimensión reflexionó sobre las consecuencias al tiempo psicológicas y políticas del paro.

Nuestro deber es vivir el paro como el drama de cada hombre o cada mujer que desea trabajar sin conseguirlo; vivirlo como una serie interminable de días de frustración y de desesperanza, porque no se trata sólo de un problema económico que se pudiera aliviar sustancialmente con un subsidio; el paro ataca a las raíces más profundas del ser humano, socava la energía moral y la confianza, debilita el espíritu de participación ciudadana, lleva a cuestionar la solidaridad social.

Si lo comparamos con los otros discursos de la serie, es un fragmento también excepcional. Incluso por palabras que utiliza, como "frustración" y "desesperanza". Su funcionalidad retórica es clara: como son únicas en el discurso su potencial de sentido se duplica y así establece una empatía con el hombre de la calle sin trabajo para mostrar, sin mediación alguna, cuál era la herida social más profunda del país. Y ante ese drama apeló a la solidaridad, como valor nuclear de una comunidad política. Antes, en el pasaje probablemente más teórico del discurso (y lo es poco), se había referido a la solidaridad para presentarse como socialista sin decirlo y para marcar distancias sin decirlo también con el otro vector ideológico del momento: el neoliberalismo de Margaret Thatcher, primera ministra desde mayo de 1979. Frente a "la concepción atomizada de la sociedad", González afirmó que su acción de gobierno se fundaría en los valores de "la solidaridad humana debilitada por el individualismo, el egoísmo corporativo y por la agresividad competitiva de grupos sociales muy concretos".

Lo que me parece distintivo del felipismo es la conciencia de que la traslación política de esos valores exigía una política económica responsable - precisamente cuando aún se disponía de los instrumentos para poder dirigir dicha política-. Aunque explicitarlo de una manera desnuda podía incomodar a



su electorado, él, que trataba a los ciudadanos como adultos (lo que, por cierto, contrasta con el parlamentarismo presente), no quería ocultarlo. Su pragmatismo parece repeler la demagogia. Por ello, al anunciar que el nudo del discurso lo dedicaría a los problemas económicos del país, quiso aclarar que “lo que nos preocupa ante todo es el hombre, entendiendo los bienes materiales como instrumentos a su servicio y no como objetivos finales”. Pero la vida de ese hombre, afirmó acto seguido, estaba determinada por los problemas económicos y aún más al estar inmerso el país en una crisis. Empezaba una “fase de austeridad” (Maravall y Przeworski, 1999: 21). Así lo dijo desde un primer momento y su respuesta ante el desafío de la crisis era afrontar cuatro desequilibrios: el paro, la inflación, el déficit de la balanza de pagos y el déficit de las administraciones públicas. Los cuatro eran cuestiones estructurales y, por consiguiente, no se engañaba sobre el tiempo que un gobierno necesitaba para intentar resolverlos. “Nuestro proyecto político inmediato se inserta en una perspectiva temporal más dilatada en el tratamiento de los problemas fundamentales”.

La primera jornada de la sesión de investidura acabó a las cinco y cincuenta y cinco minutos de la tarde, según consta en el *Diario de Sesiones*. “Ayer sonó en el Congreso de los Diputados, con serena gravedad, la música del cambio” pudo leerse en el editorial que [La Vanguardia](#) publicó el día después y que era más bien aséptico. El de *El País* no fue complaciente. “El desengaño empezó con la misma investidura” ha escrito Jordi Gracia comentando ese editorial que probablemente escribió Javier Pradera (2019: 428). Consideraba que el intento de adaptarse a un doble auditorio, los diputados y los televidentes, no había funcionado y que el orador de la campaña electoral había perdido intensidad. “Ayer, su lenguaje y su expresividad, quizá lastrados por la servidumbre de la lectura de un texto, estuvieron peligrosamente próximos a esa rutinaria burocratización del idioma político que tiende a difuminar los matices, equiparar los contenidos y embotar las propuestas”. A Pradera, con la autoridad de ser a la vez crítico y asesor áulico de Felipe, le pareció que González había impostado para hablar como imponen los cánones del [hombre de Estado](#). Pero precisamente ese sería el tono habitual de esos discursos.

Porque para componer aquel discurso de 1982 el candidato recurrió a un libro de estilo que no era muy distinto del empleado hacía dos años y medio, en la moción de censura a Adolfo Suárez, cuando ya presentó “un programa de



Gobierno que, concebido desde la óptica del socialismo democrático, dé respuesta a los grandes problemas de España". Incluso entonces, y siempre sería así en las sesiones de investidura, en el momento solemne González parecía situarse por encima de la confrontación y por debajo de la épica porque, en primer término, del discurso le interesaba más la acción que la doctrina, la exposición de su proyecto con realismo y claridad. Tal vez claridad y realismo, y una prevención inequívoca contra la sentimentalidad y lo sentencioso, fueran las características definitorias de la retórica de sus discursos.

EUROPA, EUROPA

En el discurso de la moción de censura de 1980, al presentar su programa de gobierno, Felipe González dedicó buena parte de su tiempo a detallar cuál creía que debía ser la evolución del Estado autonómico. El contexto era el que era. Hacía tres meses que el referéndum andaluz había alterado ese desarrollo tal y como la Constitución parecía haberlo pautado y después los Pactos Autonómicos suscritos entre UCD y el PSOE y la aprobación de la LOAPA el 30 de junio de 1982 parecían haber encarrilado la readaptación a esa nueva velocidad. Quizá esos cambios que se produjeron durante los meses previos a las elecciones expliquen por qué el tema autonómico fue secundario en su discurso de investidura, aunque seguiría siendo una de las cuestiones pendientes de la Transición. Aún no se había completado el desmantelamiento del Estado centralista para institucionalizar el Estado autonómico.

Pero lo que parece más desconcertante es que en ese discurso también parezca secundario el abordaje de la integración europea. Desde 1977 la integración era el objetivo prioritario de la política exterior española. Y en el discurso, a pesar de ello, solo en un párrafo apareció la relación con las Comunidades Europeas y estaba mezclado junto a otros factores de la política exterior (la relación con los países vecinos, la revisión de la relación con la OTAN y los Estados Unidos). Aunque lo cierto es que el ingreso de España en la CEE, al fin, se produjo durante la primera legislatura de González como presidente. El 12 de junio de 1985 Portugal y España firmaban los Tratados y el Acta de Adhesión. Así se completaba la Transición exterior, como ha razonado Francisco Villar. "España en su sitio". Tal vez el instante de la firma sea el verdadero momento icónico de la presidencia de González: el instante cuando se institucionalizó la normalización de España en el concierto internacional.



Las consecuencias transformadoras de ese paso fueron el núcleo del discurso de investidura de 1986. Un discurso en el que no usó ya una sola imagen ni tampoco recurso retórico alguno. Duró casi 90 minutos y fue, pura y simplemente, la exposición clara y razonada de una serie de asuntos de una extraordinaria complejidad. Las elecciones se habían celebrado el 22 de junio. La participación bajó prácticamente 10 puntos (del 79,97% al 70,49%) y el PSOE, a pesar de perder 18 diputados (pasó de 202 a 184), revalidó la mayoría absoluta.

El 22 de julio de 1986 González pronunció su segundo discurso de investidura. Tras la exposición de sus principios –“el socialismo democrático es hoy el instrumento a través del cual se pueden realizar esos deseos de sociedad más justa, más solidaria, de sociedad de progreso”–, el candidato dedicó sus primeros minutos a dar cuenta de la lucha del gobierno contra el principal problema interno del país: ETA. Los datos eran devastadores. Durante el trimestre previo a esa sesión parlamentaria la banda terrorista había matado a 26 personas –el objetivo prioritario de los asesinos eran los miembros del ejército y de la guardia civil– y el arma más mortífera que usaban contra ellos eran los coches bomba –dos, que explotaron en Madrid, fueron devastadores–. La posición de González ante el terror era inequívoca: “hay que cerrar toda vía de falsa esperanza a los que actúan mediante su coacción”. Y tras enumerar cómo el Estado combatía el terrorismo, afirmó que no quería dedicarle más tiempo al fenómeno para evitar “la pretensión de los terroristas de que vivimos girando en torno a lo que puede ser su presión, su acción violenta, su acción de terror”.

Tras ese bloque González habló de la política económica. En este punto la continuidad entre el discurso de 1982 y este segundo es muy clara: sostuvo que aquellos desequilibrios constatados hacía cuatro años habían sido corregidos gracias al “esfuerzo de saneamiento interno”. La pretensión de su gobierno era seguir manteniendo esos equilibrios, podría proseguirse avanzando en la misma dirección porque era una política entonces reforzada por “claros síntomas de recuperación”. Y solo así, argumentaba, se podrían hacer políticas para paliar desigualdades. “Es posible hacer un incremento de la política social en la medida en que se ganen márgenes desde el punto de vista de la política económica. Si no hay un incremento de la riqueza, se puede combatir la desigualdad dentro de la crisis o de la pobreza”. Además esa era la dirección



necesaria para ir sincronizando el país con el resto de las democracias avanzadas de la Comunidad Europea.

Ese acabó siendo, probablemente, el objetivo medular del felipismo: la implementación de políticas que posibilitasen la homologación de España a los países más desarrollados del continente. "Estamos ante un proceso con repercusiones extraordinariamente importantes para la sociedad española desde el punto de vista económico, social y político-institucional". En 1986 primero lo argumentó en el bloque de las políticas económicas. Se debía combatir la inflación para equiparla a la media de la CEE y se debía ajustar el coste del funcionamiento de la Administración y disminuir las ayudas del Estado a empresas porque se trataba de usar las mismas técnicas aplicadas en Europa. El shock que implicaba la reconversión industrial, y que implicaba un fuerte sacrificio para la militancia socialista, debía permitir el cambio de paradigma: las empresas del país debían modernizarse para adaptarse y competir en el nuevo marco de la misma manera que se debía avanzar en la relación entre educación, tecnología, empresa y economía para cuando fuese definitiva la integración.

Pero lo más interesante del discurso es la explicación sobre cómo España ya formaba parte de la nueva fase de institucionalización de la Comunidad Europea toda vez que era firmante de la [Acta Única Europea](#) al tiempo que el proceso de integración, que no culminaría hasta 1992, impactaba en la arquitectura institucional del Estado autonómico en construcción. "Es imprescindible generar mecanismos de coordinación, de cooperación, entre los entes autónomos y la Administración central para que el grado de cumplimiento de nuestras obligaciones y compromisos no nos lleve a la aplicación de normas que pudieran ser de carácter imperativo". La integración, dicho con otras palabras, transformaba el Estado.

Esa transformación interna, en la que estaba España inmersa pero no otros países cuyo modelo de distribución territorial del poder y las competencias ya estaba concluido, se solapaba con la profundización democrática de la Unión a la que se habían comprometido los Estados miembros. Nunca había sido así y desde ese momento nunca podría dejar de ser así. "Somos coprotagonistas en su propio desarrollo". La meta de 1992, como horizonte primero de una maduración que implicaba la eliminación de barreras entre países, era para todos y ya también para España, como podía mostrar al mundo la Exposición



Universal de Sevilla –“a la que empezaremos a dedicar una atención especial en el próximo Presupuesto y, desde luego, a lo largo de la legislatura”- y los Juegos Olímpicos -se refirió al “empeño en conseguir que la Olimpiada de 1992 se realice en Barcelona”-. Pero para poder llegar juntos a la meta europea del 92 no todos estaban en las mismas condiciones. Y otro de los temas claves de aquel discurso era la digamos filosofía para acabar avanzando a un ritmo equiparable. Para eso debía servir la continuidad de la política económica del gobierno y para ello debían servir también los fondos de cohesión. No era simplemente una ayuda. Era un elemento necesario para que el conjunto de estados pudiese vertebrarse.

Hacer una política de convergencia económica, lo que vale tanto como decir una política en la que ningún país que no haga un esfuerzo de saneamiento en materia de inflación, en materia de déficit, en materia de modernización, pueda estar en condiciones de exigir a otros países que haya una política como la que sí vamos a exigir de fondos estructurales para intentar compensar los desequilibrios en los niveles de desarrollo.

La cuadratura del círculo del felipismo habría sido conseguir que el proceso de integración europea posibilitase una profundización democrática en España tal y como la postulaba el socialismo liberal. Adaptemos esta afirmación a aquella imagen que antes nos ha guiado a la hora de analizar el primer discurso de investidura: ahora que ellos ya eran, ¿sería Europa *para ellos*? Así lo defendía González. Su propósito sería que “los ciudadanos como objetivo en su desarrollo cultural, social y político” estuviesen en el eje del “espacio europeo” -un concepto ya en circulación por entonces-. “En este proyecto hacia el que queremos avanzar sin duda recogemos la vieja aspiración popular de libertad, de justicia y de igualdad. En muchos países europeos, el impulso del socialismo democrático ha contribuido de manera decisiva a que se realice ese tipo de sociedad fundamentada en la justicia, en la igualdad y en la solidaridad”. Así embocó la parte final de su discurso, apelando a los valores de la tradición que había decidido que fuera la suya y que, a través de la acción política, lo estaba convirtiendo en uno de los líderes continentales de esa tradición.

Desde el arranque del discurso, sus prioridades estaban claras: seguir con una “actuación de defensa de los intereses generales”. Pero la complejidad de la política, como había dicho González en el primer discurso, obliga a fijarse en “el



perfil del horizonte" (el núcleo de su segundo discurso) y al mismo tiempo atender a "las curvas del camino". Son realidades superpuestas y durante su segunda legislatura como presidente, que iniciaba un ciclo de expansión económica pero cuyas políticas seguían a grandes rasgos con la austeridad mirando a Europa, las curvas se ensancharon tanto que acabaron creando conflictos sociales. "El conflicto se extendió a partir de la reconversión industrial a diferentes ramas del transporte, a la industria textil y a los sistemas públicos de educación y sanidad, para culminar en una huelga general en diciembre de 1988" (Maravall y Przeworski, 1999: 22). Durante meses "se aceleró la dinámica de ruptura en el seno de la izquierda política y sindical", escribió Joaquín Estefanía. En el cruce de caminos entre la vía socialdemócrata y la de avanzar por la vía de la modernización, González decidió transitar por la segunda. "Después del 14D", consignaría Joaquín Almunia en sus memorias, "ya nada sería igual" (Estefanía, 2007: 290 y 292).

Diez meses después de una huelga masiva y pacífica, y más de medio año antes de lo que permitía la legislatura, los españoles acudirían de nuevo a las urnas. En verano se supo que González avanzaba las elecciones generales. Se celebraron el 29 de octubre de 1989 (el PSOE perdió 9 diputados, pasó de 184 a 175) y el 4 de diciembre empezó una sesión de investidura. Una sesión atípica porque en la Cámara Baja, de los 350 escaños, solo podían estar ocupados 333. Los diputados de dos provincias -los 9 de Murcia y los 8 de Pontevedra- no pudieron participar ya que tribunales de ambos territorios habían declarado nulas allí las elecciones. El candidato a presidente pudo ser reelegido gracias el voto favorable de los 167 diputados que el PSOE tenía en ese momento. En el arranque del discurso, al que José María Aznar respondería por primera vez, González se comprometió a pedir una moción de confianza cuando se hubiera aclarado el resultado electoral. Dicha moción se celebró el 5 de abril de 1990. Durante todos esos meses, desde la huelga de diciembre del 88 provocada por las curvas en el camino hasta ese día de abril, el perfil del horizonte se había transformado. En 20 meses el bloque soviético había implosionado, se habían acelerado los cambios geopolíticos y la onda expansiva de ese estallido resonó en el debate de investidura y en la moción de confianza.

En el discurso de investidura del 89, de 60 minutos de duración, González sintetizó el camino recorrido ya por el felipismo. Primero saneamiento y reconversión, después recuperación y crecimiento; durante la primera



legislatura en el gobierno definición de la posición internacional de España, en la segunda adaptación a la Comunidad. Y tras esa rápida mirada hacia atrás (un par de párrafos y listos), fijaba prioridades de los próximos años: crecimiento, reducción del paro, políticas de reequilibrio social y políticas de infraestructuras. ¿Era esta actualización una rectificación tras constatar el desgaste del proyecto? Ciertamente hizo "un llamamiento a las fuerzas políticas (instituciones autonómicas y locales, interlocutores sociales y económicos) para que aunemos esfuerzos, en la mayor medida de lo posible, frente a los desafíos y las oportunidades que se ofrecen a España en el horizonte de esta legislatura, pero no es menos cierto que pocos minutos después afirmaba que "sólo hago un esfuerzo por trasladar, por proyectar hacia los próximos años lo que ya viene ocurriendo, naturalmente, haciendo las correcciones que sean necesarios para mejorarlo". Rectificación, no; corrección.

Entonces, como había manifestado en los discursos previos, y cada vez de manera más clara, vinculaba la mejora económica del país a la ampliación de las políticas sociales. El crecimiento económico, cuando se consigue, permite mejorar la vida de los ciudadanos, pero este efecto ni es automático, ni es en sí mismo generalizable. El equilibrio en el crecimiento debe entenderse también en la dimensión solidaria que permite proteger a los sectores más débiles". Las políticas solidarias, vinculadas al crecimiento económico, conformarían el segundo bloque del discurso, dedicado a exponer grandes medidas (relacionas con sanidad, vivienda, medio ambiente o la preocupación porque el bienestar llegase también a los ciudadanos que no vivían en áreas urbanas). También se refirió al problema de la seguridad -singularmente relacionado con la problemática de la droga- y al del terrorismo -mencionando el empresario Adolfo Villoslada (la única mención a una persona concreta en todos sus discursos), secuestrado desde hacía 10 días por ETA-. Y, como siempre, dejó para el final la política exterior más allá de Europa.

Pero la transformación política de Europa, otra vez, era la parte políticamente más sustancial del discurso y, aquí de nuevo, hizo pedagogía sobre el proceso de institucionalización de Europa del que España era parte.

España como país se inserta cada vez más en las instituciones comunitarias y participa en la construcción europea que en el horizonte de los próximos cuatro años tiene proyectos con fecha fija que nos afectan directamente,



como el Acta Única o el final del período transitorio de nuestro Tratado de Adhesión. Hay proyectos en discusión, como la unión económica y monetaria, y hay grandes cambios en la propia configuración de Europa que abren cambios de extraordinarios calado.

Se estaba imaginando entonces la Europa de las últimas décadas y se pensaba con unas coordenadas aceleradas. Porque entre el día que los españoles votaron y la sesión de investidura diversas revoluciones pacíficas acababan de encarnarse en un símbolo. Entre el 9 y el 10 de noviembre cayó el Muro de Berlín. Los cambios se estaban multiplicando y el González que se dirige a la Cámara los pensaba en continuidad como un líder español y europeo al mismo tiempo. Pensaba la nueva dinámica de las relaciones este/oeste -lo había hecho antes de la implosión durante su intervención en el Consejo de la Internacional Socialista que se había celebrado en Madrid el año anterior, había reflexionado sobre ello en su fascinante colaboración en el homenaje a Helmut Schimdt ([AFFG, Correspondencia de Felipe González con Helmut Kohl, :202](#))- y tenía claro el rol que le tocaba jugar a España, cuyo proceso de transición era visto como modélico en diversos países del este en los que González adquirió una popularidad significativa.

Nosotros estamos dispuestos a fomentar la cooperación con los países del Este, a estar presentes en los procesos de cambio, desde la conciencia clara de que se trata de una profunda transformación de sistemas totalitarios en sistemas democráticos, sin entrar en disquisiciones sobre qué supone eso respecto de las ideologías que han protagonizado los sistemas afectados por esta dinámica de cambios, considerando de que se trata de un proceso de una gran trascendencia histórica para Europa y de una gran trascendencia histórica para el mundo, y partiendo fundamentalmente de la base de que estamos asistiendo a un cambio de unos sistemas políticos y socioeconómicos y, por consiguiente, a una transformación que merece la pena ser analizada y, a nuestro juicio, apoyada.

Pensaba políticamente el momento de transformación en su dimensión externa e interna porque asumía que el "proyecto de desarrollo socioeconómico" de España solo podría consolidarse si el país estaba preparado para enfrentarse al



desafío. Y el desafío eran los cambios rapidísimos que se estaban produciendo en el continente.

Volvió a ello cuando el 5 de abril se sometió a la moción de confianza. Claro que habló de la relación con el sindicato y la patronal, de las reformas pendientes (la fiscal, la educativa o la de la administración), pero seguía insistiendo en la cuestión central. "A veces se considera que es poco próximo a la realidad debatir estas cuestiones. A mi juicio, el problema más real, y tal vez más trascendente de la sociedad española, es este proceso de integración europea, con sus repercusiones socioeconómicas e institucionales y también sus repercusiones en nuestra política exterior". Porque en la sesión de investidura no había estado sobre la mesa Alemania y ahora, al cabo de menos de medio año, el proceso de unificación estaba en marcha y debía calibrarse las consecuencias que ello podía tener. Pero esa mirada al horizonte dificultaba, otra vez, ver la profundidad de las curvas del camino. Porque ahora no había solo curvas. Y esa también era una novedad. Empezaban a aparecer socavones.

CAMBIO SOBRE EL CAMBIO

El 8 de julio de 1993 (a las 11 de la mañana) empezó una nueva sesión de investidura en el Congreso de los Diputados. El candidato a la reelección tenía 51 años, se llamaba Felipe González y hacía más de una década que era presidente del Gobierno. Durante ese período España había superado muchos de sus fantasmas y el año anterior, entre Sevilla y Barcelona, había mostrado al mundo la plenitud de su proceso de modernización. Se había cumplido así lo que Javier Solana, siendo Ministro de Cultura, le dijo a González el 21 de marzo de 1984. "1992 se podría convertir en el gran año de España. Pienso que si se hiciera un lanzamiento bien pensado del horizonte de 1992 podrían movilizarse a partir de ahora las mejores energías de este país hacia ese gran empeño colectivo" ([AFFG, Correspondencia de Felipe González con Francisco Javier Solana Madariaga](#)). Así fue. "El éxito de los Juegos Olímpicos, de la Expo y la firma del Tratado de Maastricht se habían interpretado como el logro definitivo de una España moderna que había sabido aprovechar el tiempo transcurrido desde el fin de la dictadura para homologarse con el resto de Europa" (González Ferriz, 2020: 63).



Pero la luz radiante de la Expo y los Juegos Olímpicos perdió muy pronto su fulgor. El ciclo expansivo terminaba, el país sufría una nueva crisis económica. “Los efectos de la recesión europea se vieron reforzados por factores nacionales” (Maravall y Przeworski, 1999: 23). “Cuando llegó esta nueva crisis, [España] la sufrió con más intensidad que los países de su entorno. En 1992 fue el país desarrollado que más empleo perdió y la caída de su PIB fue mayor que en los demás estados de la Unión Europea” (González Ferriz, 2020: 77). Y así, al ir apagándose las luces del crecimiento económico y al aumentar otra vez el paro, empezó a brillar una luz oscura: la de unas nuevas fortunas hechas de repente a golpe de pelotazo, la de una crispación mediática centrada en el acoso y derribo del gobierno (ya estaba en marcha el “Sindicato del Crimen”), y la de una corrupción que corroería el sistema de partidos como factor estabilizador del Estado de 1978. La mecánica de financiación de los partidos, cada vez estaba más claro, era perversa. “El partido deja de ser un instrumento al servicio de un programa y se convierte en razón de sí mismo”, dejó escrito Javier Pradera -seguramente la más temprana y afilada conciencia crítica del felipismo desde dentro- en un ensayo que escribió por entonces y que precisamente decidió no publicar por su compromiso crítico con ese proyecto (2014:163).

Esta suma de factores, y la percepción creciente del encapsulamiento de González en Moncloa -es entonces cuando Manuel Vázquez Montalbán, conciencia crítica desde fuera, se refiere al “señor de los bonsáis”-, pasó factura a la candidatura socialista. El 6 de junio de 1993 se celebraron elecciones. Aunque el PSOE volvió a ganar, no revalidó la mayoría absoluta (pasó de 175 a 159 diputados) y para ser investido González necesitó el voto favorable del nacionalismo moderado vasco y catalán. Era una señal. Los tiempos estaban cambiando y la voluntad que se expresaría sería la de sincronizarse con los nuevos tiempos. Esta intención fue explícita en el discurso, empezando por un guiño al eslogan electoral de 1982. “Los españoles nos están pidiendo más diálogo con la sociedad y con las otras fuerzas políticas; nos demandan, en definitiva, un cambio sobre el cambio. La propia ausencia de una mayoría absoluta es la más clara constatación de una nueva realidad política”. Ante esta nueva realidad, ¿el felipismo podría actualizarse de nuevo o era un proyecto que estaba agotando su ciclo histórico?

Para empezar González volvía a refrescar sus valores. Paz, respeto a la legalidad, esfuerzo personal, austeridad, tolerancia y solidaridad. Y luego señaló cuatro



ámbitos donde pretendía actuar para hacer posible el cambio sobre el cambio, allí donde la buena política debía conseguir la materialización de dichos valores. Los cuatro, y repito la palabra que usó porque apunta al esfuerzo por cambiar el lenguaje, los quería "impulsar": impulsar cambios en la economía, la mecánica democrática, el desarrollo autonómico y la política exterior. La política exterior española estaba religada a la Unión Europea –"no es un proyecto concluido" y entonces su avance dependía de que se aprobase el Tratado-, pero al mismo tiempo Europa seguía en transición porque en pocos años se habían multiplicado los estados en el continente. No era el único cambio geopolítico que debía tenerse en cuenta. Otra cuestión léxica significativa. En ese discurso, y no en los tres anteriores, se atisbó ya el advenimiento de otro nivel de la realidad, todavía informe y en construcción, pero existente: "se ha producido también una globalización de la economía en numerosos ámbitos cuyos efectos todavía no se ha logrado calibrar ni controlar en su totalidad".

La globalización era un marco nuevo externo y aún desconocido. El marco interno, tras tantos años, tampoco parecía que hubiese quedado definitivamente delimitado. El Estado autonómico era una realidad. "Nuestro país, señorías, ha recorrido en pocos años un largo camino, el que media entre un estado autoritario y centralista y un Estado democrático y fuertemente descentralizado". Existía, sí, pero seguía abierto. Era el vector que daba forma a "la organización política que nos hemos dado los españoles" y seguía en movimiento: los pactos suscritos el año anterior por el PSOE y el Partido Popular, que lo completaban, no habían conseguido cerrarlo. También se estaban reabriendo costuras institucionales a través de las cuales se había convertido en necesario profundizar en la democratización del país. Pasaba en España, afirmaba González, pero era una tónica generalizada. "Estamos presenciando en Europa un cierto proceso de desafección de los ciudadanos respecto de las políticas tradicionales, los partidos políticos y sus representantes". Prometió la introducción de mecanismos que reincorporasen a la ciudadanía al sistema democrático: ley de partidos, reglamentos de las Cámaras, revisión sistema de provisión de miembros de la alta judicatura, reformas institucionales... Pero la prioridad de aquella legislatura, como mínimo sobre el papel del discurso, era otra.

Era la economía. Con la crisis económica, severa e intensa, se reabría la herida constitutiva de la sociedad española del último medio siglo: el paro. Y para



combatirlo González anunció que podían introducirse reformas, aprobar grandes planes, firmar grandes pactos (sociales, de infraestructuras) y se seguiría insistiendo en la concertación con los sindicatos ("sustituir un modelo de relaciones laborales de conflicto por un modelo de corresponsabilidad adecuado a las circunstancias"). Pero en los nuevos marcos, el europeo y la globalización, eso no parece suficiente porque repitió cuál era la única solución estructural: capacitar a la economía para que fuese competitiva permitiría mejorar la producción y solo así podría rebajarse el número de personas desempleadas.

Con aquel análisis y apuntando algún tratamiento parece como si la línea trazada por el felipismo estuviese cerrando un círculo, pero dejando abierto un punto de fuga que nos lleva hasta la actualidad. De alguna manera los discursos de 1986 y 1989 habían estado interconectados: tuvieron la integración europea como eje argumentativo. También lo están el de 1982 y el último, el de 1993. Son el punto de inicio y el punto final de una parábola que en su cenit tuvo el período de sincronización del país con Europa. Pero al final y al principio el objetivo del felipismo fue intentar dar una respuesta a una crisis económica apostando, al mismo tiempo, por la austeridad y por la profundización democrática. Y las circunstancias no permitieron repetir ese movimiento. Porque la ilusión de la primera etapa la propulsaba una mayoría absoluta que no se ha repetido en el Parlamento español, mientras que la última mayoría de González era declinante y asediada desde múltiples frentes. ¿Una modernización interrumpida? ¿Hasta qué punto esa situación descrita en 1993 prologaba nuestro presente y acertaba en señalar nuestras cuestiones pendientes?



BIBLIOGRAFÍA

Aristu, Javier, *El oficio de resistir. Miradas de la izquierda andaluza durante los años sesenta*, Comares, 2017.

Arráez, Antonio, *Estrategia, discurso y liderazgo de Felipe González en el tardofranquismo y Transición. Un candidato para la democracia y un partido de gobierno*. [Tesis doctoral leída en 2017](#).

Estefanía, Joaquín, *La larga marcha. Medio siglo de política (económica) entre la historia y la memoria*, RBA, 2007.

De la Fuente Ruiz, *La "invención" del socialismo. Radicalismo y renovación en el PSOE durante la dictadura y la transición a la democracia (1953-1982)*. [Tesis doctoral leída en 2016](#).

González Ferriz, Ramón, *La trampa del optimismo. Cómo los años noventa explican el mundo actual*, Debate, 2020.

Gracia, Jordi, *Javier Pradera o el poder de la izquierda*. Anagrama, 2019.

Judt, Tony, *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Taurus, 2006.

Juliá, Santos, *Transición. Historia de una política española (1937-2017)*, Galaxia Gutenberg, 2017.

Maravall J.M. y Przeworski A., "Reacciones políticas a la economía", *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 87, 1999.

Semprún, Jorge, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Tusquets Editores, 1996.

Villar, Francisco, *La Transición exterior de España. Del aislamiento a la influencia (1976-1996)*, Marcial Pons, 2016.